

luciones tomadas durante la efervescencia: avergüenzase el hombre de haber comparecido á los ojos de otros como insensato ó al menos como ligero, como de poco peso, como imprudente, como irreflexivo; y este sentimiento humilla y aflige porque lastima el amor propio.

Hay además otra causa de humillacion y abatimiento y hasta de rabiosa desesperacion en la ira, y es su impotencia para desahogarse, para estallar conforme lo desea, para acabar con el objeto que la provoca. En sus primeros arrebatos aspira á una venganza terrible; y comunmente aspira en vano. El hombre está sujeto por mil consideraciones y por mil lazos, que felizmente le atan y le impiden precipitarse adonde le impele esa pasion feroz: romperlos seria peor y muchas veces casi imposible, aun prescindiendo de la conciencia, que siempre debe ser la directora; pero de aquí resulta la necesidad de amainar, y esto, por lo mismo que es forzoso, duele.

En todas estas batallas de la ira, en todos estos altibajos y vueltas y revueltas el pensamiento no hace mas que padecer. Es verdugo y víctima al mismo tiempo; y la religion al mandarle que no se aire es la conservadora

de su apacible sosiego, de su risueña placidez y de su tranquila y dulce felicidad.

### CAPÍTULO XXXI.

#### *Observaciones sobre cierta relacion del cuerpo con el espíritu.*

No parece sino que nuestra divina Religion hubiese tenido por mira principalísima el ennoblecere al hombre bajo todos conceptos: tanto es lo que atiende á conservar y enaltecer su dignidad, prohibiéndole cuanto pueda degradarla. Así le tiene como de la mano para que no caiga en un abismo de envilecimiento al mandarle que no se deje llevar del apetito desordenado de comer ó de beber, pasion que designa lacónicamente con el nombre de gula. Para indicar cuánto daña esta al espíritu ó al pensamiento, basta recordar que al que subyuga le da cierta semejanza con los brutos, pues bajo su tiránico imperio se impone silencio á la razon angustiada.

Trato ahora de la felicidad del pensamiento, y lo que por ella entiendo se habrá ya columbrado por el discurso de esta obra. ¿Y



podrá hallarse entre la guerra, que se declara al espíritu estrechando su prision, por expresarme de esta manera, con el aglomeramiento exorbitante de manjares y de bebidas entorpecedoras? Buscadla entre esos valientes comedores, que acabada con trabajo su tarea, con los ojos calientes y las cabezas no muy seguras por los vapores de los vinos, apenas pueden llevar el peso de sus vientres henchidos desde el comedor hasta la sala, en que para sentarse necesitan anchas sillas de buen respaldo y largo tiempo para reposar ahitos y embarazados por su plenitud. Serán hombres grandes, lo quiero suponer, hombres de provecho, pero tan solo hasta que llega la hora de comer, la hora de la sepultura de su espíritu. Y un espíritu que con frecuencia se ve enterrado ó padece prolongados letargos, cierto que no estará muy dispuesto para volar en pos de unas delicias de muy distinta especie.

En todo resplandece la sabiduría de la ley de Dios, que conociendo lo que nos era nocivo, cuidó misericordiosamente de vedárnoslo. Gracias sean dadas al Autor de todo nuestro bien, al Ennobecedor y Sublimador de nues-

tra humana naturaleza por el providente esmero con que se empeña en librarla de las pasiones degradadoras, como poniendo en su derredor el excelentísimo valladar de sus divinos mandamientos. De un extremo á otro del universo debería resonar un himno de gratitud por los beneficios que nos dispensa su ley santísima. Y que los desconozcan enhorabuena los hombres superficiales; el mal es para ellos; por eso no los disfrutan. Los verdaderos sabios le han tributado en todos los siglos el homenaje debido, reconociendo que la moral del Evangelio es la mas conforme á los dictámenes de la razon ilustrada y de la sublime filosofía, la que mejor provee á las necesidades de nuestro sér, la que mejor precave sus caidas, la que mejor enseña el secreto de evitarlas, la que mejor educa para el cielo las almas inmortales. El espíritu reina en medio de la templanza: sin ella no hay que esperar que goce de la dicha del pensamiento.



CAPÍTULO XXXII.

*El bien que la Religión nos dispensa legislando en lo intimo del alma. La envidia, que lleva consigo tormentos perennes, atosiga el pensamiento.*

La legislacion moral de los sabios paganos, además de ser desautorizada y estar ignorada por una inmensa mayoría del pueblo, era en extremo incompleta: no alcanzaba al interior del hombre, donde tienen su raiz las pasiones depravadas. Si algo de mas profundo y extenso se halla en los escritos de Séneca, Plutarco, Epitecto y otros filósofos que vivieron en los tres primeros siglos de la Iglesia, está probado que lo aprendieron en nuestros libros santos, que por entonces junto con las virtudes cristianas habian ya invadido el mundo. ¡Triste suerte la de los que no participan de la provechosa y suave coercion de la ley de gracia, que como emanada del adorable Autor de nuestra naturaleza, llega hasta lo mas íntimo, ejerciendo en lo externo é interno su

bienhechor influjo! El Evangelio es un reinado de amor, y como el amor vive principalmente en el alma, allí obra con mayor eficacia. No se contenta con que gocemos de una paz exterior, con que hagamos un comercio de cortesías ó nos mostremos una amistad de palabras y aun de obras; quiere que nuestra benevolencia radique en el oculto corazon, en el oculto pensamiento. Por eso destierra de ellos la envidia. Pero al paso que se muestra tan bienhechora, defendiéndonos de invisibles enemigos en un terreno en que no podria penetrar nuestra perspicacia; dentro de nuestro mismo corazon, dentro de nuestro mismo pensamiento establece la paz y la alegría, alejando de él ese monstruo perturbador, que trae consigo tristeza por el bien ajeno é infernal regocijo por los contratiempos de nuestros semejantes y hermanos desventurados.

Si la envidia es entristecimiento por la honra ó la dicha de otro, salta á los ojos que es afictiva, que es dañosa, aun prescindiendo de su horrenda inmoralidad. Por manera que tener envidia y padecer atrocemente es todo uno. Nunca se acabarán los suplicios del envidioso, porque nunca faltarán para él causas



de iracunda y roedora melancolía, pues habrá siempre alteza de puesto en otros, encubramiento de honores, resplandor de opulencia, sonoridad de fama, ó gloria de hazañas, ó reputacion de sabiduría, ó virtud esclarecida. Si estas cosas son para él motivo de sentimiento ¿cuándo dejará de sentir? ¡Ay del que se entrega á esa pasion villana! Su pensamiento es noche y su vida hiel. Inmenso por tanto el beneficio, que el Señor nos hace estableciendo el imperio de la caridad hasta en lo mas recóndito del alma, donde manda que ni por un instante se dé entrada á la envidia ofuscadora de la razon, apocadora de toda virtud ajena, destruidora de la paz, robadora de la estimacion, quebrantadora en cuanto está de su parte de los designios de la Providencia, que sábiamente distribuye sus bienes y sus dones, y tan fiera y tan contraria á la dicha de la mente que hasta á los niños seca y aniquila y aun á veces les ocasiona la muerte.

### CAPÍTULO XXXIII.

*Trátase de un oculto enemigo de la felicidad del pensamiento, desenmascarándolo y sacando á plaza sus perfidias.*

¿Y de la pereza, que propende á no hacer nada, tambien se habrá de discurrir tratando de las pasiones? ¿Merecerá nombrarse la inaccion en medio de las tempestades del alma? ¿Qué puede hacer de malo la que solo aspira á no hacer nada? Pero aquí pudiera preguntarse si el hombre ha nacido para la ociosidad, si el omnipotente Ordenador de todas las cosas le ha dado su sér sublime para estar recostado sobre una blanda silla, ó para tumbarse en un sofá, ó para contemplar las paredes ó los muebles de su habitacion con los brazos cruzados, ó para dormir sin cuenta alguna. Se falta pues con la pereza al órden establecido por la divina Providencia, y jamás se falta impunemente á este órden admirable, sea cual fuere el modo de desobedecer sus armoniosas prescripciones. De aquí proviene que



no satisface el apetecido y excesivo descanso siempre que raya en vicio; antes bien produce el efecto contrario, aburre, causa un fastidio indefinible y molestísimo, y da abrumadora melancolía.

Tales son los mas visibles frutos de la pereza: cualquiera ve que con ellos no puede asociarse la felicidad del pensamiento. Esto lo enseña la experiencia. Pero hay mas: cuantos han hecho estudios profundos acerca de las enfermedades morales del corazon (y en esta materia nadie llega á la extension y penetracion que en conocerlas han mostrado los Santos Padres y otros insignes escritores de la Iglesia católica) llaman á la ociosidad madre de todos los vicios. Yo la apellidaria campo de batalla de las pasiones. Para mejor descubrir esta verdad, basta considerar que la pereza ejerce su dominio particularmente sobre el cuerpo, sin poder impedir que el alma siga en la activa é incesante elaboracion de pensamientos y afectos; postra al cuerpo para que las pasiones se echen sobre él como los asesinos con sus puñales sobre su víctima caída. En tal estado de postracion diríase que no hay resistencia; el cuerpo yace; el alma

solo da señales de vida para sentir y para dejarse despedazar por sus domésticos verdugos.

Huid de la ociosidad, y no os quedará tiempo para oír las demandas, los consejos, los suspiros y todas las demás alharacas de las pasiones. ¿No es verdad que cuando mas escuchais sus ayes y sus bramidos es cuando estais desvelados con la caliente cabeza sobre la almohada y los flojos miembros lánguidamente desparramados sobre el lecho? ¿No es esa la hora de las ardientes cavilaciones, de los fogosos proyectos y de los deseos atormentadores?

La pereza es un enemigo disfrazado con traje de amigo: hace con nosotros lo que Dalila con Sanson. Nos adormece, nos entontece para entregarnos pérfidamente á otros filisteos mas crueles. Así se procura propinar el veneno disimuladamente á quien se pretende dar muerte: se toma sin percibirlo, y luego se abrasan las entrañas con horribles ardores. Así el que se abandona en valía de la pereza no siente que se echa á pechos el tósigo escondido, y despues que se halla embriagado en postracion inerte, advierte que mientras su



carne es un plomo pesado, su espíritu se agita convulsivamente en combates mortíferos. ¡Ay! En medio de ese espectáculo tan degradante como aflictivo nadie se atreva á imaginar sosiego y menos felicidad en el pensamiento.

#### CAPÍTULO XXXIV.

##### *Deducion de una enseñanza del Evangelio.*

##### *De los deseos. Remedio contra los malos deseos que se oponen á la felicidad del pensamiento.*

Creo haber demostrado que las pasiones conspiran contra la dicha de la mente, que está cifrada en la paz y en el buen orden de su república, y que la religion gobernándola le hace un inmenso beneficio en declarar la guerra á esos monstruos, pues por este medio se consigue su pacificacion y bonancible ventura. El mayor mal son las pasiones, y por lo mismo no transige con ellas; la guerra que les hace es á muerte. Pero el divino Maestro que de los cielos trajo el remedio de todas

nuestras enfermedades morales es un médico universal, que no solo cura las graves sino tambien las pequeñas, que no solamente triunfa de ellas en el campo de batalla, por decirlo así, destruyéndolas con sus órdenes y su poderosa gracia, sino que nos suministra medios admirables para impedir hasta el que nazcan tales enemigos. Á esta clase pertenece aquel maravilloso consejo de que se niegue á sí mismo el que quiera ir en pos de él.

Esta abnegacion sublime, que corta de raiz todos los árboles de las inícuas pasiones antes de que puedan producir sus perniciosos frutos, tiene por objeto principal el aniquilamiento y exterminio de los malos deseos. En este sentido el consejo pasa á ser mandamiento, que comprende á todos los cristianos, pues todos ellos quiere el adorable Salvador que sean perfectos como su Padre celestial. Entendiendo pues la abnegacion solo con respecto á los deseos, se generalizan sus aplicaciones prácticas, ó en otros términos, no hay quien no pueda abrazarla, aunque no sea llamado al claustro, en donde triunfan por entero los demás consejos evangélicos. Por manera que la abnegacion extensiva á cuantos profesan la religion cris-



tiana viene á ser en cierto modo sinónimo de perfecta conformidad con la voluntad divina, de esa conformidad que exige el amor de Dios y que se halla contenida en el primero de los preceptos del decálogo. Quien ama verdaderamente no quiere mas que lo que el Amado quiere, no desea mas que lo que el Amado desea, y anhela no tener mas voluntad que la del Amado. Este es un efecto propio del verdadero amor, que nace de él suavemente y viene á parar en una identificacion de santos deseos. Estos excluyen los malos, y no solo los excluyen, sino que los ahogan en su cuna. Así mueren en los malos deseos los gérmenes de todas las pasiones.

Aunque malos deseos habituales y pasiones son una misma cosa, habiendo afirmado que la abnegacion les da la muerte al nacer, establezco una distincion implicita entre los que claramente son deseos malos y los que pueden venir á serlo por una progresion sucesiva. Á estos últimos degüella en su infancia la abnegacion; y por eso es el remedio mas eficaz y universal contra todas las pasiones. Y cabalmente de aquí deduzco que al recomendar Jesucristo la abnegacion á quien quisiera seguir-

le, en cuanto á los deseos quiso que su palabra se entendiera con todas las almas cristianas, porque su bondad infinita no habia de dar el remedio eficazísimo y universal tan solo á las llamadas al estado religioso. La abnegacion en cuanto á los deseos puede por consiguiente ser patrimonio de los cristianos de todas las edades, sexos y condiciones.

¿Y qué importa esta doctrina para la felicidad del pensamiento? El buen lógico desde luego confesará que tiene con ella una conexion íntima. Si las pasiones como esencialmente perturbadoras se oponen á ella, lo que las destruye la favorecerá, la fomentará, la vivificará, la engrandecerá sobremanera. Y siendo esta abnegacion hija del amor, la hará dulce el amor, que todo lo suaviza. Lo enseñó el mismo Redentor al decir que es blando su yugo y suave su carga. *Jugum meum suave est et onus meum leve. Matth. 11.*

Aunque por desgracia hubiese nacido fuera del seno de la bienhechora Religion católica, me parece que en el caso de haber tenido conocimiento de los provechosos resultados de la abnegacion, hubiérala recomendado del mismo modo para conseguir la dicha del pensa-



miento, pues la utilidad de la represion de las pasiones la reconocieron y encomiaron aun los antiguos filósofos del paganismo. Sin aprobar las extravagancias de Diógenes, que hizo cosas que denotaban desprendimiento, me figuro por su conducta que columbró algo de las ventajas de la abnegacion.

Principalísima propiedad de la abnegacion cristiana es el cerrar la puerta á los malos deseos, sin oponerse á los buenos, que son mas pacíficos y agradables, como que participan de la naturaleza de la virtud. Aquellos en un principio suelen venir con buena cara; prometen no atormentar convirtiéndose en passion; piden hospedaje solo para un dia, ó para una hora, ó por un solo instante: son como los ladrones de las ciudades, que se presentan cortesmente con algun pretexto para que se les abra, y luego que lo han conseguido, descubren el puñal y lo blanden con furia. Negando la entrada á todos los que no sean conocidamente buenos, se evita el engaño. Su conformidad con la ley de Dios es el distintivo de los buenos deseos. Los malos, además de esta falta de conformidad, tienen por lo regular otra señal que al mismo tiempo denota

cuán contrarios son á la felicidad del pensamiento: por lo comun son inasequibles, ó por lo menos ofrece su consecucion gravísimas dificultades. Hay mas: estas mismas dificultades son las que en gran parte hacen que las pasiones estén llenas de espinas y de suplicios.

Quien convencerse quiera de que son por lo regular inasequibles los deseos que prohíbe la religion, pase revista á los vedados, y se cerciorará. Así, por ejemplo, quien desea la mujer de su prójimo ¿la logrará? Quien codicia, v. gr., los bienes del Duque de Medinaceli ¿los logrará? Quien anhela los grados y condecoraciones militares de Espartero ó Narvaez ¿los logrará? Amargura es desear una cosa que no se consigue, ó cuya consecucion es muy difícil. Ahora bien, mirando por la dicha de la mente, dice la abnegacion cristiana: «Nada ajeno; nada que Dios no envíe; nada que Dios no quiera; la voluntad de Dios es mi riqueza; su voluntad es la mia; la hago mia; no quiero otra: el blanco de mi anhelo, Dios me lo ha señalado, es el de cumplir en todo su divina voluntad, es el de no aspirar mas que á perfeccionarme en la virtud.» Hé aquí paz y dulzura para la mente.